

LA HISPÁLICA  
POR  
LUIS DE BELMONTE

(CONTINUACIÓN)

Poema inédito del siglo XVII  
PUBLÍCALO D. SANTIAGO MONTOTO

Vióme y medroso que la virgen bella  
mi forma envuelva en Anteón grosero,  
la luz huyendo de mi alegre estrella  
tendí para ocultarme el pie ligero.  
Mas como el tierno amor viviese en ella  
éste la causa dió a su afán postrero,  
no cual Diana con rigor me mira,  
que a ser Venus conmigo Arcinda aspira.

Con dulce voz que al céfiro amoroso  
dejó suspenso, me llamó en la fuente  
desamparo un oculto lauro hojoso  
y tan turbado voy como obediente.  
El manto suyo me pidió vistoso,  
para salir del agua, ¡oh fuego ardiente!  
mostrando los marfiles de la boca,  
cubierta ya con él las yerbas toca.

«¿Por qué de mí te escondes, dueño mío?  
Advierte que en el alma que te he dado,  
gigante amor para mis glorias crío,  
si ya por ser quien soy no es desdichado.  
Mi padre Abem-Hacem, a quien envió,  
prolijas quejas en mi nuevo estado,

quiere hacerme tu esposa, dulce día,  
mas tu diversa ley mi bien desvía.

Esto publica que mi bien detiene,  
y que medroso de causarte pena  
por voluntad que a tu persona tiene  
la lengua muda por mi daño enfrena;  
si la morisca ley dejar conviene,  
para darte la fe que amor me ordena,  
y esclava tuya soy, dulce cristiano,  
que pierdo libre lo que esclava gano.

Ya sé que de tu patria el dueño intenta  
por largo precio rescatarte agora,  
y que mi padre su descanso aumenta,  
teniendo al dueño que mi vida adora.  
Si acaso libertad tu pecho alienta,  
yo de tu libertad seré la autora:  
demos al fresco mar hurtadas velas,  
si amor te obliga a que de mí te duelas.»

Arcinda dijo: y al color de grana  
prestando perlas de la vista hermosa,  
gozó el vario jardín nueva mañana,  
aunque más encogida y vergonzosa.  
Preso yo de la luz que soberana  
hirió mi pecho, recibí de esposa  
su mano y fe, prestándole el deseo  
sin tálamo imperial blando Himeneo.

Esperando ocasión que el mar vecino  
al amoroso hurto voluntario  
abriese en fuga oculta fiel camino  
gozábamos en Libia el tiempo vario.  
Un día que al Oriente el sol divino  
con esplendor del mundo tributario  
mostraba rojo su beldad primera,  
los dos gozando la áura en la ribera.

Su padre con mediana compañía  
en la fogosa caza entretenido,  
las selvas de sus márgenes corría,  
de su nueva desdicha inadvertido.  
Cuando rompiendo al mar la espuma fría,  
en puerto a nuestros ojos escondido

surgió una nave cuyo vientre encierra  
arma, temor, asombro, espanto, guerra.

Pisando el bosque, la arma acelerada  
jugó al cosario, dando muerte acerva  
al áfrico escuadrón que la turbada  
cerviz humilla en la manchada yerba.  
Yo, que la prenda para mí guardada  
que ya la Parca para sí reserva,  
ví en la novicia guerra mal segura,  
alma la hice de una cueva oscura.

Volví a la vasta lid cual Marte pudo,  
porque el patrio valor me daba aliento,  
y amparado con él en vez de escudo  
ejercitaba el animoso intento.  
Mas como el moro fiel pelea desnudo  
con alfanje galán que esgrime al viento,  
el cosario feroz derriba y prende,  
y en alba oscura el fiero dios se enciende.

Midió difunto Abem-Hacem la tierra,  
gobierno alegre de la triste Libia,  
por cuya muerte la disforme guerra  
venciendo el extranjero más se entibia;  
pero como en el alma el moro encierra  
hambre a venganza, a batallar, se alivia  
llevando siempre el desarmado pecho  
el hierro ajeno al corazón derecho.

Yo, que la muerte o la prisión forzosa  
miré delante con imagen fiera  
y el imposible de gozar mi esposa,  
que bien jamás el desdichado espera;  
vencida de furor la alma celosa,  
mas con otra pasión ¿quién se atreviera?  
parto a la cueva y en la cueva entrando,  
ejecución le presto a un hecho infando.

Dándome luz la furia que me enciende,  
si la pudo llenar mi intento ciego,  
el tierno cuello que a la luna ofende  
al rojo alfanje sin piedad entrego;  
hoy, noble Arzinda, mi furor defiende  
su honor seguro de mi amante fuego,

que en el pecho de Osmin su imagen cría:  
mis celos mueren hoy si muere el día.

Dije, y honrando con su nombre el labio,  
Arzinda sin aliento repetía,  
hecho sin duda valeroso y sabio,  
llamar la luz habiendo muerto el día;  
dejando, al fin, la cueva que el agravio  
mayor encierra, que la envidia cría,  
y, volviendo a morir en guerra odiosa,  
llamarme siento de una voz piadosa.

Vuelvo a la boca del sepulcro hueco  
y con medroso como atento oído,  
de Arzinda, no me engaño, escucho el eco  
del cerco de los dientes despedido.  
Absorto y con razón del dulce trueco  
de muerte a vida los umbrales mido,  
ignorante si mágica potencia  
al hierro hubiese puesto resistencia.

Mas queriendo ocupar con suelto paso  
lo que hay desde la boca al pardo centro  
el cielo liberal, conmigo escaso,  
trujo el cosario a mi dañoso encuentro;  
ya que turbado del novel fracaso  
quise librarme, si pudiese dentro,  
del extranjero brazo siento asirme  
prestándome forzado a suelo irme.

El espejo mayor que muestra el cielo  
borrando al alba la purpúrea huella,  
de franca luz bordaba el pardo suelo  
que ya por tantas muertes se querella;  
cuando cubierto de amarillo velo  
conozco que la escuadra, que atropella  
mi intento justo de mi patria, viene,  
con señas claras que en las armas tiene.

Conozco alegre en el dichoso instante  
porque el alzado yelmo descubría,  
su valeroso bélico semblante  
al dueño de la griega infantería.  
Este era el valeroso fiel Palante,  
que fué en mi patria cuando Dios quería,



de mi difunto padre amigo estrecho,  
guardando firme la amistad del pecho.

Bien largo, espacio, de mi cuello asido,  
conociéndome el griego valeroso  
estuvo, sin que el áfrico vestido  
ocasión le prestase a estar dudoso.  
Por tí, dichoso Eraclio, hemos venido,  
dice, oprimiendo el piélagos espumoso;  
que no queriendo Aben-Hacen rescate  
tu libertad a hierro es bien que trate.

Al mar huyamos, que el estrago hecho  
en la vencida gente desarmada,  
alarma toca en mi robusto pecho  
y siento al aire su bandera alzada.  
Ya del moro lugar, a mi despecho,  
me arrancaban con fuga acelerada,  
cuando otra vez la voz de Arcinda bella,  
por detenerme, el céfiro atropella.

Aquí vencido del amor y el miedo,  
que al alma me ofreció la voz divina,  
amigos, dije, si rogaros puedo  
acabad una empresa peregrina;  
el dulce acento de este bien que heredo  
si justo el cielo en mi favor camina,  
cual véis me pide que a su amparo acuda:  
empresa es del amor, prestadme ayuda.

No piense griego que despojos lleva  
cuando la Arabia le tribute el oro,  
que el ópimo despojo está en la cueva,  
en la divina luz que humano adoro:  
jamás daréis al vencimiento prueba,  
aunque fugaz vencido llore el moro,  
si perdiendo a mi ruego la memoria  
resta en la cueva la mayor victoria.

Llenos de la piedad que engendra el caso  
y llenos de temor del afro ardiente  
con importante prisa luengo el paso  
a la cueva llevamos diligente;  
mas como la fortuna el bien escaso  
si en mí se vió jamás su luz presente,

turbando el ancho cóncavo del cielo  
vimos de mucho armado opreso el suelo.

Desamparando la ciudad vecina  
el joven y el decrepito pesado  
a nuestra frente con furor camina,  
si bien de acero de venganza armado;  
no tuvo Aulide en su marcial marina  
lleno de griego ardor tanto soldado,  
como la libia entonces franca playa  
desnudo alfanje que la diestra ensaya.

Huyó mi gente, yo de amor herido  
y del grave dolor del paso estrecho  
a mísero desmayo conducido,  
sentí, si pude, sobre el campo el pecho.  
Mas vuelto apenas al primer sentido,  
dudo si mi escuadrón acabó el hecho  
en la mar me sentí turbada y fiera  
y a mi hermosa Arcinda en la ribera.

«No huyas falso griego, repetía:  
vuelve a la tierra si mi ruego es justo  
y si el vano temor al mar te envía,  
yo formaré otro mar, por darte gusto;  
no es tan pequeño el que mi llanto cría  
que no te libre de adversario injusto,  
si el mar te salva en su alterado abrigo  
en el mar estarás, si estás conmigo.

Mas si es mi vista para ti penosa,  
mi voz humilde como el viento es vana,  
que presto fui a tus ojos enfandosa,  
bien lo publica mi difunta hermana;  
del enemigo como yo medrosa  
entró en la cueva y a tu furia insana  
dió el inocente cuello en vez del mío,  
bastantes de tu amor señas te envió.

Por la estimada fe, si hay fe en la Grecia,  
de cuyos reyes si verdad digiste  
su nombre claro se blasona y precia,  
que no rompas, señor, la que me diste;  
y si tu falsa fe la mía desprecia,  
que en fe de que eres hombre, bien pudiste

antes que el paso por las ondas nuevas,  
déjame el alma si el honor me llevas.»

Cual suele el padre al hijo más querido  
ver en los brazos de un león hambriento,  
que aunque se halla del dolor vencido,  
teme llegar al animal sangriento:  
así a la dulce voz, enternecido,  
de la beldad mayor que goza aliento,  
sin poderla prestar remedio humano  
quejarla escucho; mas quejarse en vano.

Con remo ligerísimo cortaba  
la barquilla veloz, las ondas frías,  
y Arcinda el lamentarse no dejaba,  
¿dónde estabas amor que tal sufrías?  
Posible es que su voz no te ablandaba  
ya que burlabas de las ansias mías  
para llevarla a mí por mar dudoso,  
como el delfín al músico amoroso.

No me dieras amor por solo un hora  
tus alas libres porque suelto fuera  
a donde Arcinda que mi culpa llora,  
de lágrimas bañando la ribera.  
Qué aunque su fuego que mi vida adora  
las abrasara y en el mar cayera,  
a lo menos su luz no me faltara,  
con que el estrecho, que lo fué, pasara.

Ya con las palmas que juntaba el cielo,  
ya con las voces con que el viento abría,  
pedí a mi gente que volviese al suelo  
libio la barca por la prenda mía.  
Mas era tanto el temeroso velo  
que su robusto corazón cubría,  
viendo copioso alfanje en la ribera,  
que al centro mismo amedrentada huyera,

Arcinda, viendo su esperanza opresa  
y ya perdida, intenta lo que pudo  
hembra sólo de amor cautiva y presa,  
horrible intento temeroso y rudo;  
ya que el cuerpo no puede en esta empresa  
lleva Androgeo mi espíritu desnudo

dijo; y bañada en muerte licenciosa,  
dió al agua, el cuerpo; al aire, el alma odiosa.

Dando velas al mar, el puerto dejó  
más duro y fiero que tocó navío,  
y entre furioso lamentar me quejo,  
abrazando en mi fuego el aire frío,  
cuando de los cautivos el más viejo,  
aunque robusto en el semblante y brío,  
mágico dueño del abismo enorme,  
mi hado anuncia con la voz diforme.

A la mejor ciudad que alumbra Febo,  
cuyos soberbios capiteles mira  
en manso río, llegarás, mancebo,  
a donde el curso de su vida espira,  
de la furia mayor que engendra Erebo,  
herido el rey que a regalarte aspira  
tu vida acechará, pero en tu muerte  
la perdida verá del muro fuerte.

Apenas hubo el aire fatigado  
con alentada voz, cuando ligeras,  
arando de Anfitrite el campo helado,  
se vieron enemigas seis galeras;  
y de amorosa furia arrebatado,  
que es honroso morir entre armas fieras  
y por ver ya una vez a la enojosa  
vida entonces rendirse a muerte hermosa.

Al leño más vecino que rodea  
con los demás nuestro cobarde pino,  
me arrojo, quien será que el caso crea,  
abriendo por alfanjes el camino,  
la griega nave por salvar desea  
la dulce vida, desatando el lino,  
si alguno le restó, veloz se oculta,  
y en el herido mar la proa sepulta.

Borró la noche el horizonte claro,  
cuya alta niebla por el golfo oculto,  
al bajel otorgó dichoso amparo  
que navegara en luces más seguro.  
Yo que en firme poder de dueño avaro,  
si bien exento de sangriento y duro


alfanje, hierro mucho al pie recibo  
la voz confirmo del feroz cautivo.

Donde el egipcio Alcides para el paso  
porque del orbe oculto el resto ignora,  
roto en aguda peña el hierro vaso,  
los mares bebe quien a Meca adora,  
viendo el monstruo feroz tanto fracaso,  
Argano dijo que suspira y llora  
por la española margen con feroces  
miembros corta veloz aguas veloces.

Luchando yo con ondas enojadas,  
pienso porque duraba tanto en ellas,  
miraba las riberas rociadas  
no mucho lejos a la vista bellas.  
Mas el punto feroz a las alzadas  
con duro brazo me arrojaba estrellas,  
sin que importase que ofrecer quisiera  
la humida veste al dios de la onda fiera.

Estaba acaso en la piadosa orilla  
un acebuche amargo, pobre en hoja,  
donde la gente que Neptuno humilla  
fijaba dones que el cristal le moja.  
Aquí con dulce asombro y maravilla  
el imperioso rey del mar me arroja,  
el tronco beso que templó mis penas  
dándole por milagro mis cadenas.

Pisando oculto en la tiniebla fría,  
la tierra adversa caminé medroso,  
porque en el duro aparecer del día  
celarme al morador era forzoso,  
la espelunca toqué que estancia mía  
fué mientras Apolo por el cinto hermoso,  
corrió dos veces otorgando al suelo  
en dos abriles su perpúreo velo.





## Libro 3.º

Apena el griego miserable pudo  
prestar silencio al cuento miserable,  
cuando el concilio por entonces mudo,  
pierde el respeto al dueño venerable,  
vísteles un temor helado y crudo  
porque presa la luz del cielo amable,  
negro volante humo el aire lleva  
que arroja de Plutón sulfúrea cueva.

Medrosas trompas por el viento vano  
fantástico metal sonaron fieras,  
negro se vió el cristal del Betis cano  
y mustia toda flor de sus riberas.  
A tiempo que encerrada en bulto humano  
al rey con olas que plegó ligeras,  
Alecto apareció en sangre bañada  
de salvadoras sierpes coronada.

Que aguardas, dice, en descansado asiento,  
bruto señor de la ciudad vencida  
gozando de Favonio el fresco aliento  
con ocio inútil que su nombre olvida,  
rompa el mudo tambor la paz y el viento,  
y el blando tafetán los aire mida;  
no quieras Axataf que en ocio infame  
su sangre floja el español derrame.

Que presto el corazón rendiste humano,  
del griego astuto al razonar fingido  
diciendo que que si muere por tu mano,  
el fuerte muro perderás vencido.  
No consideras que el falaz cristiano,  
como se mira a muerte conducido,  
con agujeros enormes se amedrenta  
si así la muerte que le llama ausenta.

¿Verdad esperas de cristiano ahora?  
Bien por su mano por ventura esperas  
cuando su lengua de tu daño autora,  
máquina arma para hacer que mueras.  
Fernando con la gente vencedora,



viene a manchar de sangre tus riberas.  
Troya ha de ser si el brazo no se emarga  
de corto alfanje a la defensa larga.

No des sabroso favorable oído  
al maquinoso griego, que en su labio  
guarda más dolo para tí escondido,  
que el dueño injusto del Hectoreo agravio;  
sola mi voz, que el pecho enternecido  
(que por tu dicha de tu mal me agravio)  
arroja a tu remedio encaminada,  
es bien que escuches, si vivir te agrada.

Corre el alfanje en hueca vaina opreso  
por su tembloso cuello amedrantado,  
pues quiere el cielo que a sus manos preso  
viniese el dueño de su bien guardado;  
en muerte suya su feliz suceso  
hispálico rector vive encerrado;  
baña de arjiva sangre la alba arena  
si pretendes gozar libre su almena.

Darás también al hierro penetrante  
de sus esclavos la dañosa vida,  
porque es bien poco de la suya amante  
el que enemigos en su casa anida;  
de este modo podrá bético Atlante,  
si su descuido mi razón no olvida,  
el cielo sustentar su hombro valiente,  
que cielo es la ciudad que miro enfrente.

Así platica, y ocupando el suelo  
de segundo temor más vivo y fuerte,  
la margen deja en asqueroso vuelo  
hasta la suya vil que fuegos vierte;  
el rey al punto el perezoso celo  
del pecho lanza publicando muerte,  
con el alfanje liberal que ciego  
las venas busca del humilde griego.

Frenético las márgenes pasea,  
arma, diciendo, al arma valedores,  
que nos muestran la muerte horrible y fea,  
soldados de Fernando vencedores.  
Acero apremia quien gozar desea,

no premio humilde en bárbaros amores  
del dios armado si soberbio y rico  
con los despojos que a su brazo aplico.

Toque la trompa la rodante esfera  
donde el ocioso Martes por ventura  
mancha de pardo orín gola y visera,  
gozando de la adúltera hermosura;  
castigue el aire fresco azul bandera,  
porque en la funda se conserva obscura;  
fuegos prevenga el dios potente en fuego  
que arroje el diestro muro al bando ciego.

Habló, y la noche con feroz librea,  
de ramas de beleños coronada,  
en dar negro tapiz al suelo emplea  
su fuerza ausente de la luz rosada,  
cuando la gente que ganar desea  
la gracia de su dueño alborotada,  
preso en cándidos cirios fuego acerca,  
a cuya luz el rey parte a la cerca.

Del más cobarde mozo, al más valiente  
discurre nuevo un amarillo espanto,  
porque la furia de su rey presente  
cerco publica asombro, guerra y llanto;  
huye el color de la turbada frente,  
imaginando el enemigo a canto,  
suben entre el clamor de trompas fieras  
femíneas voces como el sol ligeras.

Miran luciente el muro en rubios fuegos  
entre la confusión que engendra Marte;  
el tierno Adonis, despreciando ruegos,  
a Venus deja y a las armas parte;  
no se previno contra armados griegos  
tanto en la frigia el alto baluarte,  
como el valiente nuro de arma y gente  
temen cobardes a Fernando ausente.

Sola Celaura en el confuso estruendo,  
cuando el más vivo corazón se aprieta,  
no sólo el miedo vil fué despidiendo  
mientras la nueva trompa a Marte inquieta;  
mas la roja color restituyendo

su faz hermosa como el sol perfeta  
dejo la amarillez Celaura grave,  
enigma oscuro que en amantes cabe.

Cuenta la fama, si verdades cuenta,  
que ni en segura paz la moza hermosa,  
ni en la vistosa máscara se alienta,  
ni en palestra agradable polvorosa,  
y agora que el tambor ronco revienta  
y anima el aire a la trompeta odiosa,  
risueña ocupa el descargado lecho,  
amor se anima a publicar su pecho.

El campo entonces del varón dichoso  
humillaba entre armados pabellones,  
el blando césped de otro campo hermoso,  
doblados los católicos pendones;  
mas entretanto que del sueño ocioso  
gozaban los armígeros campeones,  
velaban otros, de vergüenza armados,  
a sus enhiestas lanzas arrimados.

Túnica de metal hasta la planta  
al Santo guerreador los miembros cubre,  
sólo la amiga faz que a Marte espanta  
por espantar al sueño la descubre;  
viendo, pues, que la sombra se adelanta  
y algunos astros caminando encubre,  
la católica voz levanta al cielo  
y lágrimas con ella baja al suelo.

Verá, Señor, el ángel atrevido,  
dice el cristiano príncipe humillado,  
el abrazado y avariento nido  
de pajarillos rústicos poblado;  
verá en mudo poder del sordo olvido  
Luzbel terrible de acechanza armado,  
tantas almas, Señor, como Sevilla  
por luengos siglos a su fuego humilla.

No más, Señor, resista el ángel santo  
el libre orgullo del gigante fiero;  
cause al abismo temeroso espanto  
en diestra alzada su flamante acero;  
cese el caduco miserable llanto

de la triste ciudad que darle espero;  
goze Fernando en ella un dulce día,  
sonando en eco fiel Cristo y María.

Con breve escuadra a acometer me ofrezco  
gigante empresa, valedor sagrado:  
bien sé que por mi brazo no merezco  
ver en su muro mi español soldado,  
ni al Betis cuyo humor libre apetezco,  
caballo nuestro beberá cansado,  
si adversa a los alfanges no me adiestra,  
caudillo vencedor, tu firme diestra.

Vean mis ojos que los vientos baña,  
sobre la torre que mayor campea,  
en el rojo pendón que arbole España,  
tu enseña asombro de la sierpe fea;  
mida infame, huyendo la campaña,  
quien a Mahoma por su dios desea,  
y en su mezquita el torpe sacrificio  
tus Cristos borren con sagrado oficio.

Y vos, santas bellísimas tutoras,  
Justa y Rufina del hispalio asiento,  
que en manos del tirano vengadoras  
el alma dísteis con feroz tormento,  
abrid a mis escuadras vencedoras  
la franca puerta, y a mi justo intento;  
que no es justicia que el rebelde moro  
pise dos cuerpos que cristiano adoro.

Dijo, y los áires de una luz preciosa  
miró cubiertos, como suele al alba  
festejar la región de Oriente hermosa,  
pagándola la luz con tierna salva;  
causole admiración maravillosa,  
porque en rosada nube crespa y alba,  
del noble cielo a donde verse aspira,  
volante embajador bajando mira.

Las alas del color del rojo Oriente  
esparce alegre el generoso infante;  
de Dafne celestial ciñe la frente.  
por la victoria que gozo triunfante;  
la túnica bizarra y transparente,

a partes borda con la luz cambiante,  
que le ofrecieron por saber quien era,  
hachones de oro de la octava esfera.

Ante el amable defensor de España,  
que persevera en el humilde lloro,  
el ángel se presenta en la campaña,  
guardándole el debido real decoro,  
y como de alba luz las armas baña,  
partidas quedan a cuarteles de oro,  
el escudo se mira puesto aparte,  
que sirve en roja lid de espejo a Marte.

El dueño eterno de lo más futuro,  
oyó, le dice, su oración dichosa,  
y que estreches por mí te manda el muro,  
que te promete la victoria honrosa.  
El nuncio dijo, y por el aire puro,  
sublime aviva a la morada hermosa,  
dejando al alba temerosa y fría,  
de ver tan nueva luz ausente el día.

Mas codiciosa de que el mundo entienda,  
que fué de tanta luz la alegre autora,  
antes de tiempo la rosada ofrenda,  
ofrece al campo la bermeja aurora  
en mano oprime liberal la rienda,  
dejando al dueño que su ausencia llora,  
y de fresco matiz el suelto carro,  
con guarnición de perlas más bizarro.

Sacude el peso de la noche obscuro,  
el árbol escogido en la tiniebla,  
el pajarillo, gorjeador seguro,  
con el hombro pintado el aire puebla,  
descubre el fresco adorno ilustre y puro  
a la ampollada rosa la alta niebla,  
suena la trompa en la encogida hueste,  
porque deje marchando el sitio agreste.

El lecho hervoso donde al sueño agudo  
recibe el valeroso militante,  
que afirma la cabeza en corvo escudo,  
deja a las voces del metal sonante;  
rompe el silencio perezoso y mudo  
el frenado animal de fuerza amante,



que con clavados pies aprensa el suelo  
y con espumas entapiza el cielo.

Nubes alegres de volante seda,  
con la roja señal que en sangre baña,  
al que en Jerusalem victoria hereda,  
sirven de toldos a la fiel campaña;  
que como dora en el león la rueda  
el sol, siente su ardor la breve España,  
ansiosa de seguir el curso nuevo  
antes que crezca la niñez de Febo.

En sus escuadras, el valiente hispano,  
de doble escama reparado el pecho  
mira obediente al dueño soberano  
del valor de su campo satisfecho;  
mas antes que fatigue el verde llano  
con planta liberal al alto hecho,  
alienta los deseos juveniles,  
Julio en la lengua, en el esfuerzo Aquiles.

Grabado enseña sobre arnés luciente  
con vivo esfuerzo al capitán hebreo,  
a quien el crespó sol hizo obediente  
con la luz de sus carros el deseo;  
las manos altas sobre la alta frente,  
pide al cielo Moisés dulce trofeo,  
en tanto que Josué victoria hereda  
con la antorcha mayor suspensa y queda.

En el vistoso escudo en Marte solo  
se mostraba el jayán cuyo temido  
furo sonaba en el opuesto Polo,  
por su práctico alfanje obedecido.  
Adverso enfrente como el mismo Apolo,  
hermoso el bel pastor de piel vestido,  
fatiga el aire con la piedra ardiente  
batiendo la diforme vasta frente.

En caballo español que en piel hermosa  
vence a la nieve que el Pirene cría,  
a la propuesta plática amorosa  
Fernando sube con la luz del día;  
tanto el bello animal mudo reposa,  
que fábrica de mármol parecía,  
cuya testera adorna en copia suma  
alto manojo de volante pluma.



Por varios casos por fragoso y duro,  
 campo de Marte, dice, el marte nuevo,  
 adverso al poderoso, olvido obscuro,  
 al claro alcázar de la fama os llevo;  
 el paso abierto nos ofrece el muro,  
 y el trono verde en quien abraza Febo,  
 la tesálica ninfa zahareña  
 el lauro alegre a vuestra frente enseña,

Ya del suelo andaluz la estancia roja  
 con Marte victorioso vierte espuma,  
 y por herida honda el alma arroja  
 al Orco miserable larga suma;  
 colmado de rencor en sangre moja,  
 la polvorosa frente, toca y pluma  
 el moro que agoniza en campo ibero,  
 hecho vaina mortal del vivo acero.

Ya resta sólo que a la fuerte almena,  
 a quién prestó cimientó el claro Alcides,  
 pongáis el arma que el valor enfrena  
 al basto dios de las sangrientas lides;  
 y tú, noble patrón que la serena  
 alba región con alba planta mides,  
 valor concede para tanta hazaña;  
 verás erguida la postrada España.

Del blando río la gentil ribera,  
 de cespéd vivo coronada a trechos,  
 ya victorioso campo alegre espera,  
 para ofreceros de su yerva lechos;  
 mostrad (en tanto que en veloz carrera  
 al mar se baja el sol) los fuertes pechos;  
 que ya no es bien que el mar del Betis cobre  
 feudo por tanto lustro en urna pobre.

Pascan la yerba de su fresca orilla  
 nuestros caballos, porque tiemble el moro,  
 y antes de manejar la alta cuchilla,  
 vencido ignore el militar decoro;  
 oirá Fernando de la gran Sevilla,  
 sujeta a su poder el triste lloro,  
 o el Betis puro su cristal manchando,  
 rojo sepulcro le dará a Fernando.

Dijo, y las trompas al postrero acento  
 con respuesta animosa al rey saludan,

rompiendo la región del manso viento,  
a cuyo marcio estruendo el sitio hundan;  
con amigable generoso intento,  
los árboles vestidos se desnudan,  
tendiendo al rey con agradables ecos  
las capas verdes por los campos secos.

El miedo infame con el sordo estruendo  
que el campo forma con la trompa y caja,  
como temor al fin el son temiendo,  
(que teme siempre la marcial baraja,  
el pavoroso paso apercibiendo,  
en ocultarse con razón trabaja;  
llega y cubierto de amarillo adorno,  
el invencible campo mide en torno.

Presume hallar en él tan bajo infante,  
que en su cobarde corazón reciba  
la imagen vana de su vil semblante,  
en cuya pretensión infame estriba;  
mas como pide el campo en arrojante  
voz, que la fama su valor escriba,  
que a recogerse el miedo mal seguro  
en un ginete que salió del muro.

Mide con pie herrado el miedo espía  
el término que resta al patrio asiento,  
tocando apenas a la yerba fría  
que el miedo volador le otorga aliento;  
entra al palacio al espirar el día,  
con asombro mayor, porque del viento  
herido escucha y con el alma advierte  
cambiar su vida el hierro en roja muerte.

En cadahalso negro mira el moro  
con la gastada luz del sol cansado,  
virgen cautiva cuyo tierno lloro  
bajaba ente jazmines disfrazado;  
si a sus cabellos se llegaba el oro,  
que esparce el viento, se escondía turbado;  
su blanca mano humilla a cuerda odiosa  
y a corbo acero la cerviz de rosa.

Córdoba presa por el gran Fernando,  
familia mucha de León bajaba  
a noble habitación del pueblo, cuando  
sus términos Sultano atravesaba

con mil jinetes, el humor turbando  
al Betis, sus orillas coronaba,  
divisó en tropas por vengar del duro  
fiero cristiano la opresión del muro.

Mueve piadoso ardor su pecho insano  
saber que en bien tratada escaramuza  
sueño cubrió mortal su claro hermano,  
joven bizarro capitán de Muza;  
el nombre de Rustán repite en vano,  
en tanto que feroz los campos cruza;  
ya el número celando en alba fría,  
ya apareciendo en el vigor del día.

Llegaba a tal sazón, en descuidado  
paso con su familia, don Fruela,  
claro leonés, con lengua edad pesado,  
padre de la bellísima Isabela;  
Sultano entonces con el siempre armado,  
arrojante escuadrón que el alma cela,  
los acomete, de favor desnudos,  
rompiendo cotas y abollando escudos.

Murió Fruela atravesado el pecho,  
sin dar lugar que los divinos ojos  
pudiesen de Isabela en tanto estrecho  
al cadáver bañar, mudos despojos;  
dió la sangrienta arena último lecho  
al más claro varón, causando enojos  
al mismo sol, quedando entre arreboles  
de sangre y nubes sin la luz tres soles.

Dejó ya vencedor la yegua el moro,  
viendo que sobre el cuerpo se abandona  
la virgen que a manojos raya el oro  
de que fabrica Cintio la corona;  
templa bella cristiana el tierno lloro  
que no merece ofensa tu persona,  
y si es tu padre el que difunto miras,  
¿por qué te ultrajas cuando al cielo admiras?

Dijo amoroso, y de la mano asida,  
mas que por presa, por tocar su mano,  
la vida otorga a quien le da su vida,  
trocado de valiente en cortesano;  
no hay suspiro veloz que amor despida,  
que ya no sea el atemor Sultano

parte a Sevilla predicando amores,  
llorando agravios y pisando flores.

Agora, pues, al cadahalso frío  
llega si bien el alma ardiente en vano,  
donde mira de sangre un largo río  
de tibios cuerpos de cautivo hispano;  
y preso de amoroso ilustre brío,  
del verdugo cruel la inhiesta mano  
derriba al suelo, del alfanje asida,  
pecho animoso, por salvar su vida.

Qué fuerza, dice, el corazón os mueve,  
viles ministros de la Parca odiosa,  
para manchar de sangre la alba nieve  
del bulto bello donde el sol reposa;  
mirad su llanto, que ablandar se atreve  
del hórrido Caucaso la fragosa  
áspera cima, y aún del reino oscuro  
las anchas puertas del metal más duro.

No déis, mísero yo, a su ilustre vida  
en negro alcázar de la muerte asiento,  
que es fruta alegre sin sazón cogida,  
sino templáis el ofensivo intento;  
su voz basta a amansar la más crecida  
alta furia del mar y el movimiento,  
y con dulce girar los blandos ojos  
arrobarse las almas en despojos.

Vuelve Isabela la cerviz domada,  
por quien tembló el amor flechero en vano,  
a la piadosa voz tarde esperada,  
y con tierno mirar, mira a Sultano.  
¡Oh asombro de la muerte arrebatada,  
cómo pudiste, más que el tiempo cano,  
rendir la voluntad de una doncella  
áspera y libre como linda y bella!

Los ojos donde amor siempre atesora  
doradas flechas para hacer sus tiros,  
al noble alcaide de la gente mora  
también revuelve con humildes giros;  
del caso penitente el yerro dora,  
que valen más que el oro los suspiros;  
Zaidan ya de Isabela tierno amante,  
oculto por su adverso en el semblante.

Y porque el bien que ya lograr desea,  
vive en la vida de la virgen casta,  
por podella librar el alma emplea  
de Cloto, fiera que los años gasta;  
mas porque no se note hazaña fea  
de quien para humillar a Marte basta,  
los ruego de Sultano escucha atento,  
como piadoso a su piadoso intento.

Mas de imposibles reparado el moro  
para celalle más su nueva empresa,  
a Sultano le dice, el fiel tesoro,  
en el alma negártelo me pesa,  
si yo pudiera con diamante y oro  
comprarte el bien que adora, no profesa  
menos nuestra amistad, pero son leyes  
palabras, por tu daño, de los reyes.

El nuestro manda por la suya, y pide,  
yo el riguroso ejecutor, que muera  
todo cautivo que la patria mide,  
pues quien en tanto mar bonanza espera,  
agudo alfanje, como ves, divide  
el paso de la voz, la llaga fiera,  
de tantos cuerpos abre puerta al alma,  
que al corazón más duro pone en calma.

Parte, si estimas la preciosa vida,  
tanto debo a tu fe, de tu Isabela,  
al dueño nuestro con veloz corrida,  
si ya el agudo amor sirve de espuela;  
y antes que la voraz Parca homicida  
mate con soplo vil la ardiente vela  
de quien recibe luz el cuarto cirio,  
pide que estorbe su feroz martirio.

El alto nombre de tu ilustre abuelo,  
de cuya sangre el mismo rey blasona,  
y de tu padre tan heróico el celo  
de propagar con armas la corona,  
tus hechos claros, por quien puede el suelo  
poner con la de Marte tu persona,  
puedes nombralle al rey por vivo espejo  
tuyo, responde amigo, fué el consejo.

No dice más Sultano, y con ligera  
planta corre veloz a regia estancia,



adonde advierte al rey con faz guerrera  
juntando los extremos a una lanza,  
con árabe soldado al moro espera,  
cuyo pecho fatiga la tardanza,  
amante de saber si España llega  
o si el miedo a Fernando el paso niega.

Besa con la rodilla humilde el suelo,  
y entre esperanza y el temor vecino,  
rompe Sultano a su silencio el velo,  
siendo el herviente amor su fiel padrino;  
cubriendo, dice, viene el corvo cielo  
con varia enseña y el igual camino  
de intrépido campeón Fernando osado  
del pifaro marchando al son templado.

Su gente ordena, y a bandera amiga  
hecha obediente y al bastón severo,  
en hispala campaña al sol fatiga  
con crespas nubes de volante acero;  
no llega a ver tus torres la enemiga  
armada fuerte, y al turbante fiero  
que sigue tu pendón halle encerrado  
cuando está de valor y esfuerzo armado

Revuelve el quicio la sonante puerta,  
y a tu frenado ejército orgulloso  
de su herrado fresno muestre abierta  
la angosta vía para el campo hermoso;  
no para ver de Fauto la desierta  
playa del griego, para Troya odioso,  
como del muro alegre un tiempo sale,  
mas para ver lo que Fernando vale.

*(Continuará.)*